

## LO PRIMERO

### Ejercicios y asociaciones

Ya se informó en esta revista (no 96) sobre un primer intento, con modesto éxito, de averiguar qué significa la colaboración ignaciana. Un nuevo intento, con mayor éxito en la medida en que implicó personalmente a los colegas, se llevó a cabo este año en Roma, durante la consulta sobre Ejercicios y asociación. En estas páginas se da a conocer la larga experiencia de la semana de febrero, que examinó la actualidad a la luz del pasado.

En la época del concilio Vaticano II y del primer Sputnik, los laicos se lanzaron prácticamente a los movimientos laicos de vida evangélica. Por ejemplo, los encuentros de matrimonios y de jóvenes trabajadores cristianos reunieron más estrechamente a laicos, clérigos y religiosos en la comunión de fe y en la colaboración. El Papa Juan Pablo II definió recientemente a los movimientos surgidos como una nueva época asociativa de fieles laicos (cf. *Christifideles laici*, 29).

La nueva época trae consigo el impulso a adaptar la vida laica actual a los grandes carismas religiosos de la Iglesia. Los laicos no esperaron la delegación ni la afiliación ni ninguna otra clase de permiso. ¿Por qué no bastaba la hermosa orden de vida benedictina en este mundo caótico? ¿Por qué no la sencillez franciscana en una tierra degradada desde el punto de vista ecológico? ¿Por qué no la contemplación carmelitana en el hogar rumoroso? Ninguna teoría mental o argumento. El profesorado en las escuelas maristas ha comenzado a exigir justamente la formación en la espiritualidad marista. Laicos y laicas han frecuentado los monasterios benedictinos para aprender la oración y la contemplación centenarias. Y, por supuesto, los laicos han comenzado a hacer los Ejercicios espirituales. Esto, junto a algunas necesidades apostólicas de los jesuitas, ha llevado a la colaboración.

En verdad, la colaboración ignaciana, considerada como un todo, ha comenzado profundamente en las experiencias de los Ejercicios. El padre Kolvenbach muestra el nexo crucial en esta experiencia que subyace en la colaboración. Descubre a cuatro protagonistas en la dinámica de los Ejercicios: Dios, nuestro Creador y Señor, el que da los Ejercicios y el que los hace, y el maestro Ignacio en su texto. En el artículo que se publica en esta

revista, el padre Kolvenbach explora cómo se relacionan entre sí estos cuatro protagonistas de los Ejercicios. Ha abierto la cuestión de las relaciones, abordándolas a fondo. Establecer cómo estas relaciones nos han llevado a la colaboración ignaciana, y cómo la espiritualidad de los Ejercicios define dicha colaboración, es una historia compleja. Los cincuenta participantes en la consulta de Roma durante el mes de febrero afrontaron este tema. Una síntesis de sus intervenciones se recoge en un borrador de acta.

**D**efienden esta propuesta: cada carisma religioso ha recorrido su propio camino a través de la nueva época asociativa de fieles laicos.

No cabe duda de que los caminos han sido diferentes. Unos han llevado a laicos y a laicas a compartir la vida en comunidades religiosas. Otros, a simples asociaciones en la oración. Algunos, a elaborar lealmente una serie

*cada carisma  
religioso ha recorrido  
su propio camino a  
través de la nueva  
época asociativa de  
fieles laicos*

de relaciones mediante familias. Más allá del carácter informal, más de una congregación ha establecido también contactos jurídicos entre religiosos y laicos. Ha llegado a ser normal para una congregación desarrollar acuerdos formales para su colaboración, como hicieron los religiosos del Sagrado Corazón (véase n. 96, p. 102). Los miembros laicos pueden tener incluso mayor responsabilidad en la asignación de las prioridades apostólicas y en la toma de decisiones. Participan en encuentros oficiales y hasta en capítulos

generales, y, en algunos casos excepcionales, votan juntamente con los religiosos. Estos desarrollos hacen pensar seriamente a la gente y plantean cuestiones apremiantes: ¿Quién tiene esta vocación? ¿Quién lo establece? ¿Quién la financia y cómo?

En el pasado, un instrumento para compartir el carisma ha sido la tercera orden. Pueden existir todavía unas veinte, pero no son lo que describía el antiguo Código de derecho canónico (cánones 702-706). El Código reconocía tres tipos de asociaciones laicas: pías asociaciones, confraternidades y terceras órdenes. Cada una tenía sus propias normas y estructuras. El nuevo Código, redactado mientras muchas congregaciones ya estaban preparando sus propias formas de asociación, ha ampliado los tipos de asociaciones

laicas que pueden participar en la espiritualidad de los religiosos. En cualquier caso, cuando las órdenes religiosas volvieron a las raíces de su carisma, notaron que este tallo, la tercera orden, prácticamente se había marchitado. Tomemos como ejemplo a los maristas. Después de la primera caminata en la luna, los maristas transformaron su tercera orden en “fraternidades maristas”, un estilo muy diferente que, en 1977, se encaminó hacia un gobierno autónomo.

Puede haber algunas semejanzas con la espiritualidad ignaciana: los jesuitas y sus congregaciones marianas. Estas últimas –por lo menos, un gran porcentaje– se transformaron en Comunidades de vida cristiana en la década del sesenta, pasando de la supervisión jesuita a la autonomía laica. La discusión en la reciente consulta de Roma sugirió que las CVX pueden haberse alejado de los jesuitas más que las fraternidades maristas de sus asociados religiosos.

¿Siguen siendo siempre las congregaciones marianas un tipo de tercera orden jesuita? No desde el punto de vista canónico y, es muy probable, tampoco en ningún sentido. ¿Qué debería conservar la asociación de una tercera orden o, cuando menos, de un grupo formalmente unido? ¿Hay algo en la espiritualidad ignaciana hostil a ello? ¿O es precisamente el individualismo jesuita? ¿O es meramente la historia? Cualquiera que sea la respuesta a estas preguntas, la Compañía de Jesús jamás ha tenido, y no piensa tener jamás, una tercera orden. A veces, cuando una provincia jesuita está unida a las CVX o abierta a las asociaciones ignacianas, siente miedo de que se insinúe una tercera orden. No es una preocupación extraordinariamente clara.

Aunque no tenga características de tercera orden, se ha intentado y sigue intentándose establecer un vínculo más formal con la Compañía conforme a su carisma. Estos intentos, de los que se ha informado regularmente en esta revista, han dado resultados mixtos. Hace unos meses, un provincial y un grupo decidieron que no podían intentar establecer un vínculo formal, después de que el grupo había empleado muchos años de estudio orante de las Constituciones jesuitas. Por otra parte, los asociados ignacianos de Malta

*Una asociación estrecha  
entre los jesuitas y sus  
congregaciones  
dependerá de la misión y  
seguirá siendo  
problemática*

han constituido un vínculo con la provincia (véase n. 96, p. 71), y esperan encontrar una guía espiritual en las Constituciones. Su esperanza sigue siendo problemática (no para el padre Louis Sintas, n. 96, p. 48). La consulta de Roma no llegó a una conclusión definitiva sobre si los colegas laicos pueden encontrar alimento espiritual en las Constituciones jesuitas

Las Constituciones y Normas Complementarias proponen a los jesuitas “un camino hacia a Dios”. Hay otros caminos ignacianos como, por ejemplo, las comunidades de vida cristiana y sus “principios generales”. Y la red apostólica ignaciana, los amigos ignacianos, las asociaciones ignacianas, y una plétora de medios menos formales y organizados. Dichos medios no superan un examen severo, incluso cordial. Los jesuitas y sus colegas estuvieron bastante de acuerdo en la consulta de Roma: aparte de la experiencia de los Ejercicios, que duran un tiempo determinado y luego terminan, no existe actualmente una serie clara y detallada de prácticas espirituales que se integren en la espiritualidad ignaciana. Hay que acometer esta empresa, como ha puntualizado el padre Alex Lefrank al cabo de una experiencia de treinta años, comenzando por comprender qué se va a definir como espiritualidad ignaciana.

Una asociación estrecha entre los jesuitas y sus asociados dependerá de la misión y seguirá siendo problemática. Hablemos de ello.

Una asociación tan estrecha, que oscurezca la línea entre los jesuitas y sus colegas laicos, significa volver a lo que no ha arraigado en la cohorte ignaciana. Por parte jesuita, algunas de las razones se apoyan en sus congregaciones. Así, aun solicitando la colaboración de los laicos en la misión, la última congregación general insistió en que los jesuitas respeten la vocación de los laicos (331). La Congregación General XXXIII estableció antes una explícita distinción entre espiritualidad ignaciana y espiritualidad jesuita (51). Al parecer, ahora la tendencia entre los colegas ignacianos es la de mantener una distinción más neta entre laicos y jesuitas. Esto parece ser un imperativo, mientras que otras distinciones confunden, por ejemplo, entre secular y sagrado, entre clerical y papel de los laicos en el seno de la Iglesia. Una expresión sintética, aunque peyorativa de esta posición, surgió más de una vez durante la consulta de Roma: “Nadie pretenda convertir a los laicos en pequeños jesuitas”.

Sí, eso es así. Pero, al mismo tiempo, todos, o casi todos, buscan a los jesuitas, y sus colegas comparten realmente el carisma ignaciano. ¿Cómo está funcionando esto? Hay una respuesta para las personas y una serie de respuestas para los grupos. Pocas personas, y en pocas provincias, están haciendo promesas o votos que son reconocidos por un provincial y constituyen lo que la última congregación llamó “un vínculo más estrecho”. Este arreglo, a juzgar por las apariencias, los convertiría en pequeños jesuitas, pero se trata de una antigua tradición y nadie tiene ningún tipo de problema. En todo caso, la última congregación eludió un poco la cuestión, y concedió un lugar especial a las personas con un vínculo estrecho, circunscrito cuidadosamente [357-59].

Pero los grupos, cuyo número es notablemente elevado dondequiera que haya jesuitas, no pueden circunscribirse con facilidad. Asociados, amigos, compañeros, colegas, redes y partners están estableciendo un contacto –estrecho, moderado o amplio– con alguna institución o provincia de los jesuitas. Algunos grupos están creando problemáticamente su vínculo con un solo jesuita (esto sucede cuando, de un modo u otro, él va adelante). Durante la consulta de febrero, los cincuenta participantes tuvieron que representar, entre otros tipos de grupos, a los siguientes: programas de pedagogía ignaciana, equipos de casas de retiro de los jesuitas, redes apostólicas, laicos asociados con una provincia, directores de programas para la formación de laicos, y equipos para la formación de quienes dan ejercicios, de los administradores de instituciones de la Compañía y de los laicos y religiosos que trabajan en el gobierno de la Compañía.

De todas sus intervenciones resultó evidente que el nexo que une a los jesuitas y sus partners era una nueva forma de corresponsabilidad en la misión. La asociación en la tradición ignaciana no significa compartir prácticas piadosas –algo bueno en sí mismo–, sino encarnar la esperanza de Dios en el mundo real. Esta es ahora la antigua y verdadera relación ignaciana entre los jesuitas y sus colegas. Ahora tiene que insertarse en el contexto dinámico de la misión de la Iglesia en el mundo. La Iglesia ha modificado considerablemente su tendencia a distinguir entre secular y sagrado. El cambio puede ser muy fácil. El diálogo interreligioso, lejos de ser únicamente religioso, impulsa a políticas permanentes. La fe que hace justicia suscita movimientos socioeconómicos muy visibles. La inculturación de la

revelación de Cristo, incluyendo la catequesis, está implicando a los cristianos en todos los conflictos civiles. Es obvio que hay que ampliar y profundizar cuál es el campo de acción de la “misión de los laicos”.

La Congregación General XXXI afirmó en 1966 que los laicos tienen “su propia misión en los asuntos seculares” [GC 31, 580]. No pasemos por alto la expresión *asuntos seculares*. En el período posconciliar, la congregación era fiel al modo como la Iglesia pensaba entonces. Acentuaba la “justa autonomía

*El ministerio de  
los Ejercicios es  
fundamental para  
la asociación entre  
laicos y jesuitas*

de los asuntos seculares”, y distinguía *secular de sa- grado* como claramente el rojo del verde (cf. *Gaudium et spes*, 36). Para decirlo de modo inteligible, los laicos tenían que ocuparse del mundo, y los jesuitas de la religión. Durante muchos años respetar esta distinción significó esforzarse por conservar los ministerios de los laicos y los ministerios de los jesuitas separados, como los colores rojo y verde antes mencionados. La opción de las CVX por la autonomía se coloreó de este impulso más bien nominalista. Así, las obras educativas de los

jesuitas han imaginado durante años –este año en algunos lugares– que su misión era una misión *de los jesuitas*. Tal vez el profesorado laico pueda ayudar en este trabajo.

Treinta años de experiencia enseñan que la espiritualidad ignaciana no puede apoyar un tipo de distinción rojo-verde entre secular y sagrado, o entre misión laical y misión clerical. Ni tampoco puede hacerlo el magisterio jerárquico de la Iglesia por lo que respecta a esta materia. Las obras educativas de los jesuitas apenas mencionadas son un ejemplo de ello. Al hacer lo que pide la congregación, los jesuitas se disponen a compartir “la dirección, la administración y hasta el gobierno” de sus obras educativas [GC 31, 588], lo cual significa compartir el *trabajo* en curso. En las páginas siguientes de esta revista Jenny Go cuenta una historia seria sobre el papel de una mujer en esta aventura. Como observa, los colegas jesuitas –laicos y religiosos– no han comprendido con rapidez que compartir el poder requería necesariamente compartir la espiritualidad. Reconoce que para los colegas, tanto laicos como jesuitas, la cuestión es saber ahora si pueden ayudar a establecer y compartir la “inspiración, la orientación y la dirección” de las obras educativas. Indica un paso ulterior: si los laicos comparten la

inspiración y la orientación de las obras educativas, tendrán que ayudar a definir qué es la *espiritualidad ignaciana*. La trama se complica.

**E**l ministerio de los Ejercicios es fundamental para la asociación entre laicos y jesuitas. Expliquémonos.

Todo esto se reduce principalmente a cómo “los laicos asumen mayor responsabilidad con respecto al ministerio de la Iglesia” en el mundo, para usar las palabras de la última congregación [336]. Hans Van Leeuwen se refiere más adelante en esta revista al modo como lo secular y lo santo se han entrelazado: el ministerio de los *Ejercicios espirituales*. Precisamente cuando los laicos han comenzado a considerar su misión propia, los jesuitas han redescubierto el ministerio de los *Ejercicios espirituales*. Dicho quizá con más precisión: han ido redescubriendo que los Ejercicios, instrumento extraordinariamente poderoso y aplicable, están destinados a la creación espiritual en la vida diaria. Sea como fuere, tanto la búsqueda de la misión por parte de los laicos como la búsqueda de Ejercicios auténticos por parte de los jesuitas muestra una convergencia providencial.

Ahora bien, hay que decir cómo cambiaron los *Ejercicios espirituales* antes de que la atención se desvíe de una historia muy conocida. Volviendo al tiempo del Sputnik, en 1966, el padre general Pedro Arrupe convocó a expertos a la Loyola para redefinir la práctica auténtica de las Anotaciones. Acudieron, se encontraron e, inesperadamente, se pusieron a dar retiros dirigidos.

Miremos atrás rápidamente: religiosas que dan el mes de ejercicios; laicos que los hacen; casas de retiros de los jesuitas que invitan a las mujeres a formar parte de su personal. Las obras educativas forman al profesorado y al personal en la espiritualidad. Ejercicios en la vida diaria, Anotaciones 18 y 19; programas para la formación de laicos en la espiritualidad ignaciana; programas para la formación de directores laicos en Ejercicios. Y estos cambios fueron meramente exteriores. De modo más explícito, todos llegaron a comprender que los Ejercicios no habían sido concebidos originariamente para llevar el fervor a los conventos y a los seminarios. Habían sido ideados para ayudar a los discípulos a encontrar lo que Dios quiere en y con su vida. Fomentan una espiritualidad que hace de la vida diaria una vida espiritual en el mundo. Santifican los quehaceres domésticos

y las obras del mercado, y los partidos políticos. Los *santifican* tanto para la distinción entre sagrado y secular como para los papeles clericales y laicales.

Los jesuitas han llegado a concebir oficialmente los *Ejercicios* como algo fundamental para ayudar a los laicos a encontrar su vocación propia. Allá en la década del cuarenta, los Ejercicios eran un asunto de los jesuitas, “que daban conferencias espirituales y dirigían los Ejercicios espirituales”, actividades que por aquel entonces no se distinguían (GC 29 dec 29). Los jesuitas enseñaban a laicos adultos y, por cierto, hacían bien, definiendo su colaboración. Pero en la década del setenta, la Congregación XXXII redefinió cómo debían trabajar los jesuitas con los laicos. Recomendó a los jesuitas “aprender a servirse hoy con humildad de quienes buscaban servir” [39]. Quizá los jesuitas tengan por lo menos una característica: han aprendido con rapidez que en sus obras educativas y parroquias, y en casi todas partes, los laicos desean lo que los *Ejercicios espirituales* tienen que ofrecer, en particular según las Anotaciones 18 y 19. La congregación escribió con agudeza qué es lo que tienen que ofrecer: “La pedagogía de los Ejercicios es una pedagogía de discernimiento. Enseñan a uno a descubrir por sí mismo adónde lo llama Dios, lo que quiere que haga tal como es, en el lugar en que se encuentra y en medio de su gente” [106]. En una palabra, los *Ejercicios espirituales* son un instrumento experimentado para descubrir la propia misión en la vida. Justamente lo que los laicos están buscando hoy día.

Este ministerio de los Ejercicios tenía un efecto profundo. Disipaba entre los colegas ignacianos una clara división entre secular y sagrado. La Iglesia jerárquica, en términos prudentes pero generosos, estaba haciendo lo mismo. En la *Christifideles laici* el Papa Juan Pablo II expresó la profunda esperanza de que los laicos “tomen parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia en esta magnífica y dramática hora de la historia” (n. 3). De manera muy evidente, los “asuntos seculares” del ministerio de los laicos no sólo incluye cuestiones sociales, políticas, económicas y humanitarias, sino también cuestiones de espiritualidad en el mundo (GC 34, doc. 13, 344). Este nuevo impulso, como ha sido interpretado por Juan Pablo II, no crea tanto una espiritualidad nueva, cuanto “nuevos métodos de evangelización”. No sorprende: la espiritualidad ignaciana es antigua, aunque no tan antigua como la benedictina, la franciscana y la dominicana. Pero quienes la siguen son evangelizados con métodos nuevos. Esto tiene que ver con la misión.

La misión es esencial para la asociación entre los jesuitas y sus colegas laicos. Describámosla.

Cuando trabajan juntos, los laicos y los jesuitas se preocupan de que estos no coopten a aquellos en la misión que les es propiamente jesuita, suplantando la misión laica. ¿Podrían los jesuitas transformar a un empleado en un colega, sin pedirle que asuma la misión de los jesuitas? En primer lugar, es patente que la misión de una institución no es absolutamente lo mismo que la misión total de los jesuitas. Entonces, en un nivel más profundo, es manifiesto que asociación significa corre-sponsabilidad en la *misión*. Los jesuitas y los colegas laicos participan en una misión que han definido juntos. Como quiera que sea, esta es la idea y esto lo que sucede cuando los jesuitas escuchan a los que sirven para descubrir cómo servirlos. Se trata de una cuestión delicada, con una serie de finales imprecisos. Un problema se planteó a la consulta: al fin y al cabo, ¿quién toma las decisiones?

Paradójicamente, la inquietud sobre la cooptación de los laicos en los apostolados específicamente *jesuiticas* se disminuyó cada vez más gracias a la participación de los laicos en *el gobierno interno* de los jesuitas, por razones que son felizmente patentes en el artículo de Joyceann Hagen, publicado más adelante en esta revista. Algunos jesuitas esperan contar eventualmente con laicos e, incluso, con laicas (¡Dios nos libre!) en las congregaciones generales. Esto puede tomar su tiempo y, en última instancia, puede considerarse imprudente. Pero en la actualidad los laicos y las laicas participan en el gobierno mediante varias obras en las provincias jesuitas. En muy pocos casos, como en Venezuela, los asociados laicos participan formalmente en el discernimiento de los apostolados que en la provincia.

Ya es un tópico decir que los jesuitas tenían primero empleados, luego cooperadores y colegas y ahora, quizá por último, asociados. En muchas áreas, los jesuitas y los laicos han compartido antes que nada una labor apostólica, y sólo después, tal vez mucho después, han llegado a compartir la profunda riqueza de la espiritualidad ignaciana. Este desarrollo es patente sobre todo en las obras educativas –de muchas provincias, pero, por desgracia, aún no de todas– y también en otros apostolados e instituciones jesuiticas. Por ejemplo, en las casas de retiros, las religiosas han sido introducidas primero en equipos para llevar a cabo tareas específicas, como

dirigir a otras religiosas. Ahora, son miembros con pleno derecho de los equipos de las casas, e influyen en el modo como se conciben y practican los Ejercicios. En Paraguay, por ejemplo, el equipo discierne en común los programas, y las actividades de la casa de Ejercicios “Los Santos Mártires”, así como la interpretación de los *Ejercicios espirituales* inculturados.

*Los jesuitas y sus  
colegas seguirán  
desarrollando el  
característico estilo  
ignaciano de la  
asociación*

Los centros que se ocupan de los problemas sociales reflejan los mismos cambios. En el pasado, los jesuitas los dirigían más bien sin ayuda y sin duda alguna. Tendían a dedicarse a las “cuestiones candentes” de entonces, que parecían representar las grandes cuestiones que afectaban a la sociedad en un momento determinado. Muchos aún eligen este camino. Pero algunos centros, como el que se encuentra en Zambia, cuenta con equipos de colaboradores que, analizando las cuestiones candentes, disciernen ante todo cuáles son las fundamentales y reales, eligen de entre estas, y luego deciden en equipo cómo afrontarlas. Esto es, por lo menos, lo que quiere decir compartir la espiritualidad, el discernimiento y la determinación de la misión.

Esta es una respuesta –por cierto no una respuesta muy común– a la declaración de la última Congregación de que los jesuitas ya no harán declaraciones egocéntricas cuando hablen de “nuestros apostolados” [254]. Serán, como afirma la congregación, “hombres *para* otros y hombres *con* otros”.

Los jesuitas y sus colegas seguirán desarrollando el característico estilo ignaciano de la asociación. Resumamos.

La interpretación de lo que significa este “hombres *con* otros” comienza a perfilarse ahora. Seguramente comporta una formación ulterior para los jesuitas, que fueron criticados durante la consulta de Roma por saber demasiado bien cómo se trabaja individualmente, y no tanto cómo se trabaja en equipo (y los jesuitas mismos lo dijeron). Es probable que “trabajar *con* otros” también quiera decir que todo resulta más claro sobre el papel de los jesuitas al asegurar la autenticidad de los Ejercicios como fuente de espiritualidad ignaciana. Los salesianos han declarado sobre la asociación de

los laicos que los salesianos eran el “corazón de esta experiencia y la memoria fiel del espíritu salesiano”. ¿Lo son los jesuitas? ¿De quién será la “memoria fiel del espíritu ignaciano”? Consideremos las asociaciones de graduados y graduadas, la asociación de las obras educativas jesuitas de economía y otras semejantes, el IJELP, el JRS, los asociados ignacianos, las redes apostólicas ignacianas, las CVX, ¿quién es el corazón? ¿De quién será esa larga, larguísima memoria?

Para muchas espiritualidades, el *con otros* se ha resumido en la palabra *familia*. Los dominicos eligieron este lenguaje en su capítulo general celebrado en México en 1992: “Al cabo de treinta años, esta es una realidad: la reaparición y el desarrollo de la familia dominicana”. En verdad, que la mayoría de la congregación usa el término “familia” de manera metafórica. Así hizo el Sínodo de obispos sobre la vida consagrada, y otro tanto hace el Código de derecho canónico [canon 677]. A los colaboradores ignacianos les ha asustado la idea de llamarse a sí mismos “familia”. Con todo, es una buena metáfora. ¿Qué prohíbe los compañeros ignacianos de este uso?

Puede ser que la espiritualidad ignaciana y su lenguaje tradicional sugieran una respuesta. Con la oración que discierne y con amor, los “partners” llegan a pensar, a valorar y a percibir el mundo, y deciden juntos en Cristo. Actúan en Cristo y comparten la misión de Cristo, ofreciendo su colaboración propia.

Sin duda alguna, se convierten en amigos en todo el mundo, superando, en todo tiempo y lugar, la necesidad de pertenecer a una comunidad. Los “partners” ignacianos, dondequiera que se hallen, hablan de sí mismos como amigos en el Señor. No de familia, sino de amigos.

Sin embargo, se trata de amigos en la acción. Los *Ejercicios espirituales* han creado desde el comienzo esta clase de asociación. Puede ser que las asociaciones ignacianas desarrollen la *comunión* más que la *comunidad*. La comunión abraza a amigos y asociados que se preparan, se fortalecen y se animan unos a otros en una grande y, quizá, peligrosa empresa. La comunión es la relación que el padre Kolvenbach asigna al que da y al que hace los Ejercicios. La comunión es el tema que los participantes en la consulta de Roma volvieron a tratar. Amigos en una misión en la que todos han contribuido a identificar lo que Dios quiere hacer con ellos, aquí y ahora.